

METÁFORAS QUE CURAN:

Crear límites interactivos en un marco democrático

José Manuel Pinto

Abril de 2009

RESUMEN:

Este artículo estudia el problema de cómo "poner límites", un tema que despierta debates ideológicos entre partidarios de estrategias "duras" o "blandas". Para ello, se analizan cuatro casos, sobre la base de cuatro experiencias "tipo" de resolución de conflictos, que se utilizan como metáforas: guerra, maternaje, negociación y democracia. Los resultados muestran la necesidad de emplear un sistema de metáforas interconectado. El uso de una sola metáfora es insuficiente, ya que resalta un campo de experiencias, al tiempo que oculta otros aspectos muy relevantes. La conclusión final es paradójica. "Poner límites" es realmente limitado. Necesitamos ir más allá: crear límites interactivos en un marco que venimos definiendo como democrático. Pero por otra parte, el psicoterapeuta necesita reaprender a "poner límites" en un sentido conservador ("oposición constructiva" que resta y suma sobre la subjetividad del paciente) y a la vez en un sentido innovador: el terapeuta debe proponer acciones explícitas al paciente para poner límites a situaciones de maltrato.

Palabras clave: límites, maltrato, metáforas, guerra, maternaje, negociación, democracia.

ABSTRACT:

This article studies the problem of how to "set limits", a topic which provokes strong ideological debates among supporters of "hard" or "soft" strategies. In order to do this, four cases are analyzed, based on four "types" of experiences of solving conflicts that are used as metaphors: war, motherhood, negotiation and democracy. The results show the necessity of using a system of interconnecting metaphors. The use of just one metaphor is insufficient as it highlights one area of experience but, at the same time, hides other relevant aspects. One may conclude that "setting limits" is truly limiting. We need to go further: To create interactive limits in a democratic framework. But on the other hand, the psychotherapist needs to relearn how to "set limits" in a conservative sense ("constructive opposition" which subtracts and adds to the subjectivity of the patient) and at the same time in an innovative sense: the therapist must propose explicit actions to the patient in order to set limits to situations of mistreatment.

Key words: limits, mistreatment, metaphors, war, maternity, negotiation, democracy.

1. INTRODUCCIÓN: TRATAR EL MALTRATO

Reconozco que "poner límites" tiene una connotación muy negativa para mí. Y, si la expresión surge de una persona autoritaria o prepotente, el efecto se potencia y me revuelve por dentro. Me rebelo ante el significado emocional de "poner límites" equivalente a "taparle la boca a uno". Ya en la adolescencia temprana mi madre me llamaba "abogado de pleitos pobres", expresión que refleja una tendencia natural que me ha impulsado a luchar a favor de personas maltratadas.

También reconozco que, al evaluar algunos de estos tratamientos ya terminados, tiendo a rebajarme la nota debido a un error personal sistemático: la dificultad de "poner límites" en el sentido de "oposición constructiva" al mundo subjetivo del paciente.

La expresión "poner límites" tiene dos significados contundentes y contradictorios:

1. Abuso, resta. Las necesidades del otro se imponen en perjuicio propio.
2. Oposición constructiva, suma. La visión opuesta y alternativa del otro enriquece la visión propia.

Ahora bien, tolerar la paradoja de convivir con límites que unas veces restan y otras, suman, o que restan y suman a la vez, puede resultar una tarea psicológica muy complicada si no se dispone de un contexto adecuado (Pizer S.; 1998). Por ejemplo, una parte importante de la actual dificultad de mi generación para poner límites tiene raíces sociales: la vida bajo la dictadura franquista y el autoritarismo familiar y social nos ha constreñido a ver los límites como sinónimo de represión intolerable.

Por eso, la mentalidad progresista es "maternal", sensible al maltrato contra los más débiles (trabajadores, niños, alumnos, etc.) y pone, efectivamente, límites al contexto social para crear un *entorno facilitador*: proveer al individuo de un nuevo *habitat* que facilite su *crecimiento*. Por el contrario, la mentalidad conservadora utiliza la metáfora de la guerra para proteger a las autoridades (propietarios, padres, profesores, etc.) y pone límites a la invasión de los "bárbaros": se trata de no permitir que se *pasen de la raya, ganar la batalla, no ceder terreno, ni abandonar las posiciones*, etc.

Hoy en día, aparecen nuevos fenómenos sociales que nos conducen a la reflexión y reabren el debate entre partidarios de estrategias duras o blandas. Tenemos un ejemplo en los llamados "hijos tiranos" que maltratan físicamente a sus propios padres, sin haber sido previamente maltratados (Garrido V., 2005). Estos casos producen una gran repulsión social y funcionan como anomalía de la concepción del hombre como "buen salvaje". Los terapeutas que provenimos de una tradición progresista nos vemos obligados a reconocer aspectos positivos de la tradición conservadora para entrenarnos en la *guerra* contra el maltrato y asumir el papel de coordinación de un *ejército*, en cuyas filas se sitúan, en esta ocasión, padres, trabajadores sociales y tutores de institutos o de centros especiales que acogen a menores con medidas judiciales.

Sin embargo, quedarse anclado en posiciones conservadoras también resulta ineficaz. Inmersos en una lógica exclusiva de guerra, tendemos a caer en lo que Benjamin (1998, 2004) ha llamado "dualidad complementaria": el enredo en la dialéctica entre el dominante y el dominado que aumenta así la espiral de violencia. Esta dinámica pasa desapercibida en la explicación de Garrido sobre el fenómeno de los "hijos tiranos", al absolver a los padres (víctimas) y focalizarse en el comportamiento de los hijos (verdugos) y prescindir, de esta forma, de la mitad del problema aunque, por otra parte, critique acertadamente el surgimiento de nuevos códigos violentos y la falta de solidez de la ética social.

La mitad oculta del problema reside en el modelo incoherente y disociado de poner límites que habitualmente muestran las familias de los "hijos tiranos". Se parte de una relación de pareja muy deteriorada, donde uno de los padres suele funcionar con un exceso de tolerancia o de pasividad, o con una ideología progresista radical, mientras que el otro progenitor se polariza hacia el extremo opuesto, reaccionando con furia guerrera a situaciones de impotencia, o imponiendo una ideología conservadora llevada a extremos. Al final, la lucha ideológica, relacional y crispada entre los padres crea el modelo de funcionamiento del hijo, que oscila entre la demanda de total tolerancia y el recurso a la guerra sucia de intimidación hacia su entorno social más cercano.

Hay que recordar que, con otras formas civilizadas, la guerra ideológica aparece en todos los ámbitos sociales. Tanto en la reeducación como en la psicoterapia, los casos de maltratados y maltratadores suelen resolverse con métodos "duros" (Klein M., Kernberg O., 1984, 2003) o "blandos" (Winnicott, Kohut), que centran el problema en el ambiente o en el individuo. Así, las ideologías, tanto las conservadoras como las progresistas, elevan los conceptos a la categoría de ideales cerrados y autosuficientes,

que iluminan una parte de la realidad al tiempo que oscurecen otros aspectos igualmente importantes de la misma.

Reaprender a poner límites significa aflojar las limitaciones del pensamiento ideológico. Y para ir más allá de estas limitaciones, para pensar mejor, se requiere, paradójicamente, aceptar las limitaciones de nuestra capacidad de pensar, que es siempre ideológica: pensamos inevitablemente a través de modelos idealizados.

Nietzsche (1990) nos descubrió que bajo todo concepto hay una metáfora y que la realidad "pura y dura" está compuesta por metáforas fosilizadas de las cuales ya hemos olvidado su origen. Y el lingüista cognitivo Lakoff (1980) ha demostrado cómo pensamos, sentimos y actuamos a través de metáforas: nos enfrentamos a experiencias nuevas, ambiguas y estresantes, con la ayuda de otras experiencias antiguas mucho mejor conocidas, a las que tomamos por modelos analógicos. En consecuencia, si cambiamos las metáforas a través de las que pensamos, cambiarán nuestros sentimientos, pensamientos y acciones. Esto es evidente cuando, partiendo de la consideración de un drogadicto como "delincuente", empezamos a tratarle como a un "enfermo" (González J.M., 1998). Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones no somos conscientes de las metáforas implícitas que determinan nuestro pensamiento. Por eso Lakoff habla de "inconsciente cognitivo".

Lizcano (2006) ha realizado una tarea de desenmascaramiento de metáforas implícitas en el lugar en donde menos se esperaría encontrarlas, en las matemáticas, la base del conocimiento científico. Y al igual que Lakoff (2004), nos muestra cómo al alterar estas metáforas, nuestra mente se abre a un nuevo mundo. Así, por ejemplo, Lizcano demuestra que la dificultad y el retraso de las matemáticas occidentales para concebir el número negativo se debe a que, en el contexto de una cultura agrícola, la operación de la resta se ha pensado a través de la metáfora de la *extracción*. Pretender sustraer 3 manzanas de una cesta en la que sólo hay 2 manzanas nos resulta absurdo y antinatural (-1), problema que no aparecía en las matemáticas chinas, al concebir la operación de la resta bajo otra metáfora, la guerra entre dos ejércitos, simbolizados por palillos rojos y negros.

"Enfrentados, se van aniquilando mutuamente, cada combatiente rojo se aniquila con uno negro. El número de los supervivientes arroja el desenlace de la batalla, el resultado de la operación. Si es el ejército rojo el más numeroso, el resultado será una cierta cantidad de números rojos (o positivos); si era el negro el que contaba con más combatientes, el resultado será -con la misma naturalidad- el número de soldados negros supervivientes (números negativos). Lo que bajo la metáfora de la sustracción era una aporía insalvable, bajo la de la guerra no presenta la menor dificultad". (Lizcano E., 2006; *Metáforas que nos piensan*. Pág.118)

2. OBJETIVIDAD DE LOS LÍMITES: LA GUERRA

Hace bastantes años, mi mujer y yo vivíamos en un edificio cuyas plazas de garaje eran muy estrechas, así como el espacio común de maniobra. A esto se añadía la mala suerte de habernos tocado un vecino de aparcamiento que imponía sus propias leyes. Dejaba casi siempre su coche pisando o traspasando la línea lateral común. Además, el morro de su vehículo sobrepasaba cuarenta centímetros la línea de fondo, debido al gran tamaño del coche, y a la colocación de una rueda gruesa junto a la pared que servía de tope para evitar roces. Así, para que él estuviera a sus anchas, nosotros teníamos que sudar y estresarnos para poder aparcar.

Durante dos o tres años fuimos víctimas sin conciencia, sin asertividad, ni capacidad de mentalización. Sufríamos al vecino calladamente y, excepcionalmente, nos quejábamos e intentábamos apelar a su empatía, presuponiendo que se trataba de una persona razonable. Sus reacciones eran siempre las mismas: negaba la realidad ("aparco como todo el mundo"), durante una pequeña temporada dejaba de invadir el límite lateral, y enseguida, volvía a las andadas. Era como tener un dolor crónico que sólo desaparecía intermitentemente.

Un buen día nos saltamos nuestras propias reglas de educación, y dejamos el coche mal aparcado, como nos cayó de primeras. Casualmente, mientras salíamos del garaje, llegó el vecino. Para aparcar su cochazo necesitó hacer muchas maniobras, al tiempo que otro coche detrás de él le urgía a ceder el paso: parecía muy agobiado. Al verlo así, a mi mujer y a mí nos dio un ataque de risa histérica. Nos resultaba deliciosa esta situación invertida: ahora era él quien tenía que sudar para aparcar.

Esta escena nos abrió los ojos de repente: nos dimos cuenta de la gran cantidad de rabia que habíamos acumulado. La reacción vengativa nos sirvió para recuperar una posición activa después de mucho tiempo de pasividad. Y para entender que lo patológico no es la venganza en sí, sino la ceguera vengativa que pasa por encima de la ley.

A la mañana siguiente, mi mujer telefoneó para contarme un nuevo encontronazo con el vecino. Le había esperado a la salida del portal y le recriminó con gesto agrio: "Yo también sé reírme de ti". Se asustó y aceleró el paso, pero él siguió persiguiéndola mientras repetía la misma frase como una letanía: "Yo también sé reírme de ti". Por la noche, movido por el suceso, fui a ver al vecino al regresar a casa. Y sin contenerme apenas, le amenacé, como un perro furioso: "No voy a consentir que vuelva a asustar a mi mujer".

Ya estábamos *en guerra declarada: ataques y contraataques* mediante los cuales asumíamos los roles de *víctima* y de *vengador*. Antes, sufríamos sumisamente a un vecino que nos chuleaba, mientras que, ahora, éramos las *víctimas* concienciadas de un abuso. Antes, teníamos las manos limpias, ahora, habíamos perdido la contención.

Era evidente que, para no eternizarnos en este círculo vicioso y poder vencer al maltratador, necesitábamos una nueva estrategia: seguir la guerra, pero por medios legales. Nos animó el hecho de saber, a través de un conocido que había padecido exactamente el mismo problema, que la actuación del vecino era ilegal. Así, decidimos llamar por teléfono al presidente de la comunidad para que ejerciera de mediador.

Dos o tres días después encontré al *enemigo* en la calle y le pregunté si había hablado con el presidente. No respondió a la pregunta. En cambio, con gesto amargo y crispado, me amenazó con "hablar mal de mí a todos los vecinos".

Esta fanfarronada irracional me hizo reflexionar. Era una amenaza irrealizable, porque yo tenía buena relación con los vecinos más próximos y, por otra parte, íbamos más de cien familias! Por primera vez pude olfatear su miedo proyectado. Debía de haberse sentido humillado por la llamada del presidente. Debía de tener pánico a ser objeto de la crítica masiva del vecindario. Tuve una intuición. Bajé al garaje. Y *¡victoria!* ¡Por fin, había quitado la rueda ancha! ¡Tenía su coche aparcado de forma impecable! ¡Habíamos ganado la guerra y podíamos descansar tranquilos!

En efecto, habíamos ganado la *batalla* decisiva, pero la guerra no terminó ahí. Ahora teníamos un enemigo declarado. Al pasear por el parque del barrio, girábamos la cabeza periódicamente, no fuera a oírnos nuestro fantasma. Y en este ambiente

persecutorio, el azar vino a traer una nueva complicación. El segundo coche del vecino, aparcado en la calle, apareció con el espejo retrovisor roto. Inmediatamente supuse que pensaría que se lo habría roto yo. Y efectivamente, dos días después, también apareció nuestro segundo coche con una rotura, la del cristal de una ventanilla. Entonces, no lo dudamos: pusimos una denuncia en la comisaría, y envié al vecino una copia por correo. Ahora, por fin, gracias a esta segunda fuente de protección, se restableció definitivamente la *paz* y nuestro antiguo enemigo adquirió la sana costumbre de aparcar correctísimamente.

La resolución de este conflicto ilustra la necesidad de *entrar en guerra contra el maltrato*. Este pequeño tirano ya estaba instalado en una posición paranoide y agresiva, de manera que la empatía y las buenas formas eran codificadas como debilidad, como licencia para seguir imponiendo "su ley".

El lector podrá recordar muchas *guerras de fronteras* dentro de la familia, el grupo de amigos o las instituciones de pertenencia. En todas ellas necesitamos manejarnos con una concepción de los límites como algo físico, material y objetivo: la línea exacta y precisa de separación entre tu espacio y el mío.

3. SUBJETIVIDAD DE LOS LÍMITES: EL MATERNAJE

La relación con Lucía era el polo opuesto a la barbarie y chulería del vecino. Lucía era una mujer de algo más de treinta que practicaba un trato extremadamente cortés. Resultaba una delicia dialogar con ella: tan educada en las formas, muy culta, excelente narradora, y capaz de escuchar a los otros.

Después de un año de psicoterapia pudo recuperarse del estado depresivo que arrastraba en los últimos años. Aunque lo sustituyó por un entusiasmo que me parecía peligroso por varios motivos. En primer lugar, se había apartado completamente de su brillante trayectoria académica. Tras licenciarse en Historia, consiguió trabajo en universidades extranjeras durante cinco o seis años. Pero a la vuelta sólo encontró puertas cerradas en la universidad española. Una frustración que se transformaba en resignación, no en una redefinición de sus metas profesionales.

En segundo lugar, se volcó intensamente en el trabajo que desarrollaba como voluntaria de una asociación benéfica dedicada al cuidado de enfermos terminales, al punto de pensar en trabajar a tiempo completo en ella como auxiliar. El hecho de que Lucía se comportara como una excelente cuidadora y fuera reconocida por ello, resultaba previsible. Pero estaba más allá de mi capacidad empática el comprender su alegría en el trabajo con moribundos. Parecía estar repitiendo una nueva versión de su historia familiar. Su hermana pequeña tuvo un accidente a los dos años y quedó tetrapléjica. Y a partir de entonces, la madre abandonó su trabajo para dedicarse en exclusividad, día y noche, al cuidado de la niña, hasta que pasados unos años, cayó en una larga depresión. A Lucía le tocó recibir los golpes culpabilizantes por no atender abnegadamente a la madre encamada, paradójicamente, después de haber sido descuidada por ella, mientras le duró la fiebre del "cuidado infinito" a la hija minusválida.

En tercer lugar, Lucía se enamoró del director de la asociación, un hombre mucho mayor que ella y casado. Y esta nueva intimidad y reconocimiento mutuo la tenía embelesada. Por último, propuso reducir el ritmo de sesiones a la mitad y venir cada dos semanas. Propuesta que yo rechazaba.

Todo esto me alarmó y pensé que había que *combatirlo*: poner un techo al viaje en globo de Lucía por la estratosfera del "cuidado infinito". Durante varias sesiones, fuimos confrontando nuestras posiciones. Y finalmente, decidí utilizar todas mis *armas*. Le interpreté esta situación como un *atajo* para conseguir el reconocimiento que necesitaba como mujer y como profesional. Trataba de convencerla de que, en vez de construir un nuevo ideal profesional que guiara sus esfuerzos, se estaba identificando con una madre idealizada, repitiendo así la historia familiar.

Lucía defendió un punto de vista radicalmente distinto. No creía identificarse tanto con su madre como yo decía: ni era sobreprotectora, ni vivía la adversidad como algo "que no tendría que haber pasado". Y en medio de su decepción, sin perder su buena educación, me lanzó una frase contundente y sencilla que recibí como una pedrada: *Este no es el diálogo que yo necesito*.

A la sesión siguiente hubo un *cese de hostilidades*. Me pidió perdón por haber sido brusca. Y yo le pedí perdón por haber ofrecido una interpretación demasiado parcial. Así, la terapia se prorrogó durante dos meses más, en los que pudimos aclarar algunos malentendidos. Pero la alianza de trabajo había quedado muy dañada y Lucía se retiró del tratamiento.

¿Por qué no funcionó aquí la metáfora de la guerra para poner límites a la evidente identificación patológica con la madre? Porque, como ocurre con todas las metáforas, sólo pueden cubrir una parte de la realidad, al tiempo que ocultan o desatienden otros aspectos esenciales:

- La *lucha* contra el abandono profesional. En realidad, era una visión alarmista, como si Lucía fuera una hija joven que hubiera tomado un camino irreversible y dañino, cuando se trataba de un experimento juvenil, intenso, pero transitorio.
- La *resistencia* contra el trabajo de la asociación. Es verdad que suponía una identificación con la madre y una repetición de la historia. Pero también era una superación del estilo materno: poder cuidar sin deprimirse, sin añorar demasiado otra realidad más favorable.
- *Mantenerse firme* en el encuadre. Poder reducir a la mitad el número de sesiones constituye una propuesta aceptable que aprendí gracias a Lucía. Desde hace unos años la pongo en práctica, con aquellos pacientes que pasan fases en las que necesitan mayor autonomía.

El uso de la metáfora de la guerra era útil para poner *barreras, fronteras* a la ética del cuidado infinito. Sin embargo, Lucía tenía razón en quejarse porque "no era este el diálogo que necesitaba". Se requería poder acoger la subjetividad del paciente y **superar las propias limitaciones del terapeuta**. Una nueva metáfora que resaltara la necesidad de ampliar y flexibilizar los límites del terapeuta para crear un ambiente que permitiera el crecimiento del paciente, de acuerdo a su nivel de desarrollo. Para este fin, la metáfora del *maternaje*, desarrollada principalmente por Winnicott, parece muy adecuada:

- Un *útero para concebir un bebé*. Los límites del terapeuta se dilatan como el cuerpo de la madre para que pueda crecer el otro.
- *Maternaje*. El terapeuta, como la madre, se presta a proveer al paciente de funciones que no tiene desarrolladas.

4. INTERACTIVIDAD DE LOS LÍMITES: LA NEGOCIACIÓN

En medio del impasse con Lucía disfruté de unas vacaciones de Semana Santa en el campo. Durante uno de los paseos, me vino a la cabeza la comparación de este caso con la época hippy de mi juventud. Por entonces, abandoné la universidad y vivía de trabajos esporádicos: descargar camiones, la venta ambulante, y vendimiar y recoger fruta en verano. En realidad me sentía muy confuso, pero defendía la ideología de la libertad frente al modo de vida burgués. En completa oposición, mi padre me recriminaba que estuviera echando por la borda una brillante trayectoria académica, lo que produjo un gran distanciamiento con la familia.

Por entonces, disfrutaba de charlar con vagabundos y con la gente que me encontraba por la calle: una fórmula mixta de conocer a otros y encontrarme a mí mismo. Pensar en esto y en Lucía me ayudó a darme cuenta de que el proyecto de ser psicoterapeuta surgió gracias a esa época caótica. La psicoterapia no ha dejado de ser para mí una forma ordenada de disfrutar del antiguo placer de conocer a otros y a uno mismo.

Una vez que pude asumir mi propio caos, ya pude conectarme emocionalmente con la rara sensación que me provocaba el trabajo que Lucía ejercía. A la vuelta de vacaciones, reconocí a Lucía mi error. Había repetido la historia, representando con ella el mismo papel que mi padre hiciera conmigo: alarmarme demasiado por los desórdenes de la juventud, creyendo que estas aventuras fueran irreversibles y completamente negativas. Ahora ya podía hacer *maternaje* con Lucía, *dilatar* algunas de las propias limitaciones para poder contener y legitimar experiencias con aspectos similares.

Si pude rectificar parte de mis errores, ¿por qué se interrumpió la terapia? En primer lugar, porque Lucía no pudo recuperar la pérdida de confianza en mí, no creía ya que su terapeuta fuera capaz de entender y legitimar su mundo emocional. En segundo lugar, porque yo no quería renunciar completamente a la guerra contra el "atajo" para obtener de ella un concepto valioso de sí misma. De hecho, esta guerra también resultó útil, aunque más a largo plazo. Un año después de haber terminado la psicoterapia, Lucía telefoneó para tener una sesión suelta, y me informó de que había abandonado – decepcionada- la asociación y que había encontrado un nuevo trabajo más acorde con su preparación. En definitiva, la psicoterapia se acabó porque no pudimos negociar: crear un marco adecuado para resolver nuestras diferencias.

¿Estamos ante una nueva metáfora, o bien la *negociación* sólo sería una mezcla de *guerra y maternaje*? En parte, se trata de esto último: negociar es una combinación de cesión ante las posiciones del otro y defensa de las propias. Aunque no podemos olvidar que la alternancia entre guerra y maternaje podría producir una actitud del *palo y la zanahoria* y vivirse como una relación inconsistente, a expensas del humor variable del educador/terapeuta.

En realidad, negociar es algo más. Requiere una desdramatización de la confrontación de las posiciones divergentes, y una aceptación de nuevas reglas del juego: la *interacción*. El resultado de la interacción es incierto ($1+1=$ menos que 2) si se cae en una relación de sometimiento. Por tanto, hace falta arriesgarse y confiar en que el resultado de la interacción pueda ser positivo ($1+1=$ más que 2).

Además, las metáforas de la guerra y el maternaje resuelven mal las situaciones de *impasse* debido a que funcionan con un modelo **sujeto-objeto**, de manera que la subjetividad de una de las partes en conflicto queda en suspenso. Cuando yo atacaba los atajos de Lucía no legitimaba su vivencia de superación del estilo materno. Y cuando

yo reconocía mi error al repetir un modelo paterno, sólo contaba para Lucía su propia subjetividad. Es decir, sólo había un sujeto en un momento dado.

En un giro radical, Stolorow y Atwood (1992) muestran cómo el análisis del *impasse* puede ser la "via regia" hacia la **intersubjetividad**, ya que aparece en primer plano la vivencia de una misma situación de dos formas absolutamente contrarias, debido a la diferente organización de los mundos de experiencia subjetiva del paciente y el terapeuta. La teoría de la intersubjetividad y el psicoanálisis relacional han creado un cambio de paradigma que supera la polaridad sujeto/objeto para tomar como objeto de estudio a **dos o más sujetos** en continua interacción recíproca. Ya no se analiza al paciente, sino al sistema paciente-terapeuta. Los otros ya no son sólo objetos sino *sujetos* que nos influyen a lo largo de toda la vida y que co-determinan nuestra identidad, nuestros deseos y nuestro comportamiento (Mitchell S., 1988, 1993; Benjamín J., 1988, 2004).

Todos los campos de estudio progresan a partir de cambios de paradigmas que constituyen nuevas *Gestalts* más enriquecedoras (Khun T., 1962; Pinto JM., 2006). Al aplicar este nuevo modelo al problema de la creación de límites, aparece inevitablemente la necesidad de *negociación*. Una vez que se otorga al otro el estatus de sujeto sólo cabe negociar, puesto que admitimos estar en una situación de **dependencia e interacción recíproca**.

Es interesante observar que, incluso si no puede alcanzarse una situación de negociación plena, siempre se producen interacciones parciales. En el caso de Lucía hubo una fuerte y positiva interacción. Su golpe contundente "este no es el diálogo que necesito" me incitó a pensar en mis errores. Y mi combate por el objetivo de redefinir un proyecto profesional dio frutos un año después del fin de la terapia. También en el caso del vecino salvaje hubo una interacción positiva. Por ejemplo, podría haber seguido peleando más y más. De hecho, se me ocurrió la posibilidad de denunciar este maltrato en la junta de vecinos. Pero al sopesarlo lo terminé descartando, al tener en cuenta su amenaza de malmeterme en contra del vecindario. Entendí que se trataba de un gran miedo proyectado y que no era necesario *guerrear* más: ya se había conseguido la *paz* y ya no se *pasaba de la raya*.

5. LEY DE LOS LÍMITES: LA DEMOCRACIA

En el ideal de negociación se acepta la dependencia recíproca y se alcanzan consensos que recogen las necesidades de ambas partes. Esto requiere dos capacidades paradójicas. Por una parte, se necesita la valentía de **poner en juego las propias necesidades** resistiendo toda clase de miedos a la reacción vengativa del otro. Y por otra parte, es preciso aprender a **ceder** en el sentido que da Ghent (1990) al término "*surrender*": abandonarse en los brazos del otro. Este autor explica brillantemente la diferencia entre ceder y someterse. Mientras que someterse es una perversión, ceder implica una ampliación de nuestra conciencia y una apertura a la alteridad, gracias a la experiencia de vivir una situación desde la subjetividad del otro.

Estos ideales –como todos– nacen de la insatisfacción con lo real, sirven para resistir y *reaccionar ante la realidad* (Sartori G., 2003). La realidad que debemos combatir es el **abuso**, las situaciones de dominio y sometimiento (Benjamín J., 1988, 2004). Y para evitar el abuso se requiere un marco de protección: un mediador, la ley, etc. En el caso del vecino que se pasaba de la raya ya existía esta protección disponible para ser usada

(el presidente de la comunidad o la policía misma). Sin embargo, en otras ocasiones, no hay una ley que permita negociar sin abuso: hace falta primero negociar la ley.

Este era el caso de Isidro, todo un prototipo de paciente límite, intenso y polarizado emocionalmente. Hablaba por los codos y, a pesar de salpicar su charla de un exceso de verdades nada diplomáticas, resultaba simpático y muy cariñoso. Simultáneamente, era un hombre de armas tomar. Todas sus relaciones terminaban en "grandes pollos": unas veces por sobrepasarse con comentarios hirientes y, otras, como reacción a injusticias, en donde no era correspondido en la medida en la que él se había entregado. Ahora bien, pobre del que intentara humillarle, pues respondía con "la ley del Oeste". En una ocasión, se negó a pagar indefinidamente una gran deuda a un proveedor que le había maltratado, llevando una pistola durante años para defenderse en caso necesario. Verse maltratado -real o imaginariamente- le daba derecho a maltratar. Estaba identificado con una madre brutal que le daba palizas cada vez que traía malas notas a casa. Estos fracasos debían resultarle insoportables a la madre: tenía obsesión por adquirir prestigio social, como compensación de una historia de madre soltera muy vergonzante.

El encuadre de la terapia era de una frecuencia semanal, algo que nunca cumplía por mil motivos diferentes. Luego, la realidad estadística era que sólo conseguía venir una media de dos veces al mes. Pero cuando al fin llegaba, conseguía aprovechar las sesiones y vincularse a su manera. Por mi parte, intentaba ceder a sus necesidades realistas y patológicas. Las realistas eran los viajes de trabajo que tenía con frecuencia. Y las patológicas, su miedo a vincularse y a depender de mí. Aunque era un vendedor eficaz que trataba con muchos clientes, estaba muy sólo y no sabía construir nuevas relaciones, a pesar de desearlo intensamente.

Me iba encontrando en una zona ambigua entre ceder y ser maltratado. Se hacía evidente en qué consistía ser objeto del trato con Isidro: tener encuentros intensos, para luego quedar borrado del mapa ante su entusiasmo absorbente por nuevos proyectos de trabajo. Con el paso del tiempo, sus necesidades se fueron imponiendo de manera más evidente a las mías y al tiempo de dedicación a la terapia. Me estaba convirtiendo en su satélite. En la práctica, ya no se comprometía a venir un día de la semana a una hora concreta, aunque hubiera flexibilidad para cambiar la cita. Maniobraba para deshacer esta atadura y conseguía anular citas y dejar en el aire el próximo encuentro. Así eludía la responsabilidad de pagar las sesiones sin previo aviso, algo que no toleraba y vivenciaba como un maltrato. Llegado a este punto y dado que mis interpretaciones no daban resultado alguno, dije *¡Basta ya!*

Le expliqué que necesitábamos una "constitución democrática", una ley por la que nos rigiéramos, que protegiera simultáneamente sus necesidades y las mías, y que si no llegábamos a un acuerdo, tendríamos que terminar la psicoterapia. Para este fin, le propuse un periodo de negociaciones que se alargó durante cuatro o cinco sesiones y que resultó muy estresante para los dos. Pero finalmente, pudimos llegar a un acuerdo de mínimos para continuar la terapia: una frecuencia semanal con tolerancia a un fallo de una sesión al mes, y una hora fija de referencia para las sesiones.

Conseguimos así un *consenso procedimental* sobre las reglas del juego, que recogía los intereses de ambas partes: las dificultades realistas y patológicas de Isidro para vincularse (un mínimo de tres sesiones mensuales, pudiendo fallar una al mes) y mis propias necesidades de organización del tiempo de trabajo (fijación de un día y una hora). Esto que parece una victoria pírrica, resulta un logro importantísimo con pacientes que funcionan *fuera de la ley*. Además, se trata de una *ley democrática* que

protege al *demos* (la parte inferior, literalmente). En la microsociedad paciente-terapeuta, el *demos* puede alternarse. Unas veces lo representa el terapeuta que necesita protección frente al maltrato, y otras, el paciente, que necesita ser protegido de leyes externas y frías que prescinden de sus propias necesidades.

Hace falta aclarar que uso la metáfora de la democracia en un sentido moderno. Es verdad que nunca en la historia ha habido una democracia tan directa y participativa como la que tuvieron sus inventores, los griegos (Forrest W.G., 1978). Sin embargo, la democracia clásica terminó fracasando porque los griegos no "alcanzaron una concepción del derecho como límite" (Sartori G., 1987), de manera que hacían y deshacían las leyes según intereses cambiantes.

"Cuando se declara que libertad y legalidad son indisolubles, se entiende que sólo hay un modo para construir un orden político no opresor: el de despersonalizar y vincular lo más posible el poder político. Lo que tenemos en mente es, en suma, el **constitucionalismo** y el Estado de derecho que **somete al productor de leyes a las leyes que hace**. Es en este contexto en el que se sostiene que la libertad en la ley, y no la autonomía, constituye la cárcel de las sociedades libres" (Sartori G. 1987, pág. 246).

6. ACTIVIDAD DE LAS METÁFORAS

Hasta ahora he utilizado cuatro metáforas (guerra, maternaje, negociación y democracia). ¿Por qué usar metáforas para comprender y resolver conflictos de límites? ¿Se trata de una simple forma de ilustración de los problemas tratados?

En la concepción clásica, las metáforas son meros recursos lingüísticos, que consisten en encajar términos ajenos al contexto del que estamos tratando con el objetivo de resaltar un rasgo común. Así en la expresión "Juan es un *águila* para los negocios" se asocia una imagen ajena (*águila*) al contexto del mundo de los negocios, para subrayar una cualidad común: la agudeza (capacidad de visión a distancia del *águila* y anticipación y previsión de Juan).

A partir del libro "*Metáforas de la vida cotidiana*", dos lingüistas, Lakoff y Johnson (1980), han revolucionado la comprensión que teníamos sobre las metáforas. Estos autores definen la función principal de la metáfora como un medio de conceptualizar "*lo que no es físico en términos de lo físico, lo menos claramente delineado en términos de lo más claramente delineado*" (pág. 99). Y demuestran cómo nuestro sistema conceptual está basado principalmente en metáforas mediante las que vivimos: estructuran nuestro lenguaje, nuestro pensamiento y nuestras acciones.

Efectivamente, las metáforas estructuran nuestro lenguaje, el marco conceptual que manejamos. A partir de un concepto concreto como "modelar" (formar de cera, barro u otra materia blanda una figura o adorno) se crea un significado nuevo figurado y abstracto ("modelar", configurar o conformar algo no material). Esta estructura metafórica del lenguaje implica una estructura metafórica del pensamiento. Si, por ejemplo, un escultor nos comenta que "todavía tiene que *modelar* su viaje de vacaciones" está utilizando un campo de experiencia personal, la escultura, para organizar una experiencia nueva, el viaje. Hará varios *bocetos* para elegir cuál es el destino más atractivo para poder elegir el mejor *tema*, pasar un tiempo *modelando*, y terminar *puliendo* el proyecto. Es decir, ha trasladado la estructura de la actividad más conocida a un nuevo contexto. Por tanto, no se trata sólo de que la metáfora haya

organizado su pensamiento sino de que **la metáfora ha producido una clase de actividad.**

Millán y Narotzky (1986) definen la raíz de los mecanismos metafóricos como **isomorfismo**: el reconocimiento de un conjunto de relaciones comunes en el seno de entidades diferentes, como las que se dan entre un mapa y el territorio que representa o entre una escultura y el modelo que imita. Estas operaciones configuran un mapa de la actividad del pensamiento y de la acción que no existirían de no ser por estas metáforas. En nuestro ejemplo, la planificación del viaje se compondría de los mismos elementos que la realización de una escultura: *bosquejar*, elegir el *tema*, *modelar* y *pulir*. De esta forma, la experiencia cotidiana de esculpir se ha convertido en el modelo para realizar (y no sólo expresar lingüísticamente) otra actividad completamente diferente.

Por estas mismas razones, la *negociación* con Isidro modelaba mi actividad de una forma que no hubiera existido de no ser por esta metáfora. En primer lugar, creé un *marco* para la negociación. Propuse un periodo de negociación de cuatro o cinco sesiones, para que ambos tuviéramos tiempo para reflexionar sobre las *ofertas* y *contraofertas*. Abandoné la asociación libre de la psicoterapia para sustituirla por *turnos de palabra* alternantes de diez minutos para cada uno, que sirvieran para que los argumentos de ambas partes pudieran escucharse sin interrupciones. Y al final, llegamos a un acuerdo de tres sesiones al mes como resultado de las mutuas *presiones* y *cesiones*. Es decir, un *regateo*: Isidro venía dos veces al mes, yo quería que viniera cuatro veces, y logramos quedar en un punto intermedio, tres.

La metáfora de la *democracia* producía una *ley constitucional* que sometería en el futuro a los "productores de la ley a las leyes que producen". No sólo tenía que someterse Isidro a cumplir el mínimo estipulado de sesiones, sino que el terapeuta también estaba obligado a interrumpir la psicoterapia si en el plazo de dos meses no se habían recuperado el número mínimo de sesiones, y aceptar por tanto, un fracaso y la pérdida económica de tener un paciente menos.

La metáfora de la *guerra* desencadenó la decisión de no tolerar que se *pasara más de la raya*. Y la metáfora del maternaje produjo el perdón de una deuda de una sesión a la que faltó sin avisar. Al final, durante este periodo de negociación utilicé cuatro metáforas. ¿Por qué hacen falta tantas metáforas para resolver un conflicto de límites? ¿Se trata de problemas que tienen soluciones relativas a la ideología utilizada pero sin bases objetivas? Precisamente, porque se busca **una mayor objetividad** y una mayor adecuación a la prueba de realidad es necesario **el uso de varias metáforas**.

Pensar un problema bajo una única metáfora implica iluminar y estructurar una parte de la realidad a costa de oscurecer otras zonas de esa misma realidad. Resulta muy corriente que los padres de adolescentes borderline graves terminen adoptando una actitud de guerra que llega a impregnar toda la relación, de manera que el vínculo entre padres e hijos queda muy dañado. Llegado a este punto se encuentran en la paradoja de querer influir en alguien sobre quien se ha perdido la capacidad de influencia. Recuperar entonces la metáfora del maternaje nos cura del exceso de conflictos bélicos. **Una nueva metáfora cura las limitaciones de otra.**

Estos mismos padres de adolescentes conflictivos suelen decir que no sirve de nada negociar porque el adolescente se crece y atribuye el logro alcanzado a las presiones que ha ejercido. Ahora bien, se puede y se debe negociar con adolescentes. En primer lugar, negociar es un juego de mutuas presiones y promesas. Por tanto, es lógico que cada participante se sienta orgulloso de su firmeza. Y en segundo lugar, el agotamiento

de la negociación continua –una especie de política italiana donde todo es objeto de regateo- se cura con más democracia: la obtención de leyes “marco” que obligan a ambas partes y que no hay que volver a discutir una y otra vez.

7. LIMITACIÓN DE LAS METÁFORAS

Daniel era un adolescente de trece años que fue traído a consulta por maltrato a los padres. Había sido denunciado a la policía por amenazas con cuchillos e internado, acto seguido, en un reformatorio durante un par de meses. Tenía un lema que cumplía a rajatabla: “Si me fastidian, yo les fastidio”. Así, ante una negativa de los padres a uno de sus deseos, reaccionaba con un estallido de insultos graves sin control alguno, y si la furia era muy intensa, destrozaba los objetos que le cayeran a mano.

Al final del primer curso de psicoterapia, mostró el deseo de ir con sus amigos a comprarse la ropa de estilo “rapero” que le gustaba. Esperaba que le dejaran ir porque había planeado pedir tickets de compra para evitar que desconfiaran. A mí me pareció una buena idea y le animé a que lo negociara. Pero no resultó tan fácil como parecía, y necesitamos una sesión conjunta -con Daniel y el padre- para acercar las dos posiciones antagónicas que habían surgido:

- *Padre:* No vas a ir al pueblo de al lado solo, tienes que coger un autobús y sólo tienes trece años. No puedes salir del pueblo, ese es el límite. Tu madre y yo tenemos claro que necesitas que te pongamos límites, y así lo piensan todos los profesionales que te han visto. Para ir al otro pueblo tienes que venir conmigo.
- *Daniel:* No, no. He ido en autobús muchas veces con mis amigos, no pasa nada y tú no te has enterado. No voy contigo. No. No te enteras de nada. ¿Pero tú sabes qué gente hay en esas calles? ¡Te iban a machacar! ¡Payaso! ¡Hay *bakalas* que son unos “armarios”! ¡Te iban a dar!... A veces, me dan ganas de matarte.

Afortunadamente, el padre no caía en estas provocaciones. Entre él y yo parábamos los insultos y volvíamos a la negociación. Les propuse una idea intermedia: que el padre llevara a Daniel y algún amigo suyo en el coche, que los chicos realizaran la compra a solas, y que el padre les recogiera más tarde en un punto de encuentro. Esto le parecía bien al padre pero le resultaba inaceptable al hijo. Daniel volvía a la carga: explicó con detalle sus posiciones, y se atrevió a describir algo de su ambiente pandillero. Pero ya al final de la sesión, viendo que no conseguía su objetivo, tuvo un ataque de ansiedad. Se le caían las lágrimas, se le puso la cara roja como el tomate, y empezó a respirar con dificultad haciendo mucho ruido. A mí también se me ponían los ojos acuosos y le dije que me daba mucha pena que lo estuviera pasando tan mal pero que estaban aproximando sus posiciones y podían encontrar un acuerdo.

En la siguiente sesión, felicité a Daniel por haberse explicado tan bien. Gracias a ello había podido entender por qué no podía aceptar mi propuesta. Ir con su padre a comprar era exponerse a las burlas de sus colegas “raperos”, era ser un “niñito” que necesita ser acompañado por sus “papis”: algo incompatible con su imagen de “duro”. Daniel confirmó esta interpretación.

Y en la siguiente entrevista con los padres, les volví a animar a continuar negociando. Les expliqué un nuevo sentido que encontraba en todo esto. No era una simple compra de ropa: se trataba subjetivamente de *militar como rapero*, de un verdadero rito de iniciación adolescente, que le producía mucha excitación y, al mismo tiempo, le despertaba nuevos miedos. Ahora, con su nuevo uniforme, quedaría identificado como blanco de ataque de las bandas rivales de *bakalas*. Este miedo estaba negado, aunque

reaparecía en la proyección hacia el padre: si iba a esas tiendas, le darían una paliza los "armarios" enemigos. Desde luego, un temor exagerado e irracional. Además, "pidió permiso", cuando hubiera podido engañar como hacía habitualmente.

Dos semanas después, los padres encontraron por sí mismos una fórmula de acuerdo que sí pudo aceptar Daniel. Le dejarían ir a comprar un sábado por la mañana, acompañado por el que consideraban el menos "malote" de su pandilla.

Vemos cómo el conflicto de límites pudo resolverse precisamente por aceptar la interactividad. Si los padres se hubieran anclado en la lógica de la guerra y de la objetividad de los límites (no salir del término municipal) no habrían podido contener los miedos de Daniel, ni legitimarle en su rito de iniciación. Además, le habrían devuelto una imagen de "niñito" a la que Daniel hubiera respondido con hacerse más el "duro" y ampliar aún más su clandestinidad. Compraría la misma ropa en el mismo sitio, según fuera teniendo dinero, sin reconocer que salía del pueblo.

En resumen, el conflicto de Daniel era ser simultáneamente un "duro" y un "niño" que tiene miedo y llora. Si los padres sólo usan la metáfora de la guerra sólo acogen una parte de la realidad, que es un niño. Y por tanto, Daniel se polarizaría exclusivamente hacia la otra parte de su realidad de "duro".

Las metáforas nos permiten entender lo nuevo en términos de otras experiencias más concretas y conocidas. De esta forma destacan unos aspectos de la realidad al tiempo que dejan de lado otros aspectos que pueden ser muy relevantes. Por eso, **aceptar las limitaciones de las metáforas** con las que vivimos puede resultar muy difícil, pues implica enfrentarse al miedo a que se desmorone nuestra sólida visión del mundo.

Por ejemplo, en la polémica sobre la negociación con ETA, el PSOE utilizaba la metáfora de la negociación, y el PP y las víctimas del terrorismo, la guerra y la democracia. Probablemente, la mayoría de la población hubiera aceptado –como en otros procesos similares– el uso de la metáfora del maternaje: cierto grado de perdón a cambio del abandono de las armas. Sin embargo, la negociación fracasó: ni ETA, ni el gobierno, ni un sector de la sociedad estaban todavía preparados.

Pensemos en la resistencia de las víctimas a asumir esta negociación ("no en mi nombre"). En primer lugar la sociedad vasca y española ha tardado mucho tiempo en darles pleno reconocimiento, e identificarlos como "víctimas". Y en segundo lugar, qué difícil tiene que ser ahora abandonar parcialmente esta visión, sin temer que se aniquile la parte de la realidad de ETA como organización criminal.

8. MÁS ALLÁ DE LAS LIMITACIONES DE LAS TEORÍAS-METÁFORAS

Si las metáforas resaltan una parte de la realidad al tiempo que ocultan otras, ¿cómo logramos superar estas limitaciones? Una forma ya clásica es el **modelo del cambio de paradigma** para explicar la forma en que progresa la ciencia (Kuhn 1962), no por la acumulación del conocimiento, sino por la emergencia de una nueva metáfora que explica las anomalías que se resisten a ser entendidas en el paradigma anterior. Mitchell (1988) siguió este camino al proponer el modelo relacional y abandonar el psicoanálisis clásico basado en las pulsiones. Para ello, criticó la concepción freudiana del hombre como *animal* motivado por instintos oscuros en lucha contra las restricciones sociales, para sustituirla por una nueva metáfora del *hombre social* en la que el conflicto básico no sería la negociación entre los deseos y las demandas sociales, sino la lucha constante entre la necesidad de pertenencia al grupo y el deseo de autonomía.

Naturalmente, lo ideal sería la obtención de una nueva teoría-metáfora que integrara todo el campo de conocimiento de las teorías previas, resolviera las anomalías recalcitrantes, y promoviera nuevos proyectos de investigación que hicieran progresar el campo de estudio. Pero este ideal constituye en sí mismo un grave obstáculo. Implica creer en la idea de Khun por alcanzar un paradigma dominante que unificaría todo el campo de estudio, olvidando así la realidad de la psicología: la coexistencia de una amplísima pluralidad de teorías rivales.

El problema principal para lograr una integración teórica radica en la evitación de dos extremos indeseables: la ortodoxia y el eclecticismo (Mitchell S. 1988). La ortodoxia maneja sólo una teoría-metáfora para buscar el máximo de coherencia interna, pero a costa de reducir la amplitud del campo de estudio. Por el contrario, el eclecticismo maneja un conjunto de teorías-metáforas desconectadas entre sí, con el objetivo de cubrir la mayor amplitud posible, pero a costa de renunciar a la coherencia interna teórica. Por tanto, un ideal realista debería ser la búsqueda de integración a través de un sistema de teorías-metáforas interconectadas entre sí, tal y como han hecho los psicólogos cognitivo-conductuales, por ejemplo.

Ahora bien, cabe discutir lo siguiente: ¿por qué tendríamos que renunciar a la búsqueda de una teoría de unificación, cuando se ha hecho realidad en otros campos como el de la física cuántica, que unificó la teoría corpuscular y ondulatoria de la luz? De hecho, este es el camino que ha sido transitado actualmente el enfoque modular-transformacional:

“De manera semejante a lo que sucedió con otras disciplinas, como la química, por ejemplo, en que primero se describieron entidades sin relación las unas con las otras y, luego, cuando se accedió a comprobar que estaban compuestas por diferentes átomos que podían entrar en varias de ellas, y que lo propio de una sustancia dependía de la forma particular de combinación de elementos simples, el camino que debe recorrer la psicopatología consiste en la **descripción de átomos o dimensiones** que al articularse originan algo que no estaba previamente en los componentes aislados, lo que se ha llamado cualidad emergente (Morin, 1977) (Bleichmar H., 2000; *Aplicación del enfoque Modular-Transformacional al diagnóstico de los trastornos narcisistas*. www.aperturas.org nº5; Las negritas son mías).

La metáfora *química y científica* en la que se basa el enfoque modular-transformacional resalta la necesidad de ordenar nuestro caótico campo de estudio, a través de la incorporación de una gran cantidad de desarrollos teóricos antiguos y contemporáneos. Al tiempo, lucha por superar el reduccionismo tradicional de las escuelas psicoanalíticas que “consideran como suficiente para explicar el psiquismo a las grandes categorías generales tales como Edipo, deseo... posición esquizo-paranoide o depresiva, intersubjetividad, apego... etc., no porque ellas sean prescindibles sino porque aisladamente sólo dan cuenta de algunas problemáticas” (Bleichmar H., 2000).

Sin embargo, este enfoque no tiene en cuenta las limitaciones de su propia metáfora generativa. Creer que operamos sobre las “dimensiones” o los “átomos” del psiquismo ocultan el hecho de que el orden obtenido no es el único posible y que en realidad no alcanzamos la *tabla periódica* de los elementos psíquicos. Por ejemplo, un módulo motivacional es el “narcisismo”, a través del cual nos centramos en un campo de experiencias muy importante en nuestra sociedad individualista y en la práctica clínica. Ahora bien, podríamos haber elegido el “altruismo” como una motivación esencial para la pervivencia del grupo. Si no lo hacemos es por sesgos culturales y de género que priman el éxito por encima de la ética del cuidado.

Por otra parte, la propuesta clínica de este modelo consiste en diseñar “intervenciones específicas” para cada uno de los subtipos psicopatológicos definidos según las

configuraciones de las "dimensiones" básicas del psiquismo. Vemos cómo maneja una metáfora *médica* cuyo objetivo es evitar la iatrogenia derivada de las limitaciones teóricas. Es decir, buscar el *órgano* o el *componente* dañado del psiquismo y operar sobre él.

Lo curioso es que se pretende combatir el reduccionismo de las teorías psicológicas mediante dos metáforas (la *química-científica* y la del *médico especialista*) que son reduccionistas: intentan comprender los fenómenos a través de otros de menor complejidad (Orange D., 1995). El paradigma freudiano de la lucha del sujeto entre los instintos y la conciencia moral, o el paradigma relacional de Mitchell del hombre social, que se debate entre autoafirmarse o no para no perder su vinculación al grupo, son ambas metáforas que describen el conflicto "tipo" que pretenden entender y resolver.

Por tanto, el intento de unificación teórica del enfoque modular-transformacional requiere nuevas metáforas para superar sus limitaciones. Principalmente, las de la negociación y la democracia, sin las cuales no se pueden resolver conflictos como el del caso de Daniel y sus padres. Tal y como está formulado actualmente, este enfoque ofrece una imagen idealizada del terapeuta como *sabio de laboratorio* y como *médico especialista*, que es el que verdaderamente "sabe", aunque pueda tratar de modo condescendiente y educado al paciente. Paradójicamente, **la mayor eficacia clínica** se obtiene cuando podemos **trabajar simultáneamente con "el saber y el no saber"**. Entonces, aceptamos plenamente la ley democrática del "diálogo" como medio de conocimiento y de intervención en psicoterapia.

9. CONCLUSIÓN: CREACIÓN DE LÍMITES INTERACTIVOS DENTRO DE UN MARCO DEMOCRÁTICO

Si una sola metáfora no puede cubrir todo el campo de estudio, salvo que se reduzca el nivel de complejidad, la consecuencia obvia es la necesidad de establecer un sistema de **metáforas interconectadas**. El conjunto de metáforas podrá abarcar toda la amplitud del campo, y la interconexión producirá un mínimo aceptable de coherencia interna. En el estudio de los conflictos de límites, se ha utilizado un sistema de cuatro metáforas (guerra, maternaje, negociación y democracia), de manera que las limitaciones de cada una de ellas puedan curarse mediante el uso de parte o del resto del sistema. Así, para salir del círculo vicioso de la guerra contra el vecino que se pasaba de la raya, se necesitó introducir la ley democrática. Por el contrario, el caso de Lucía nos mostró la limitación de la ley-encadre de la psicoterapia y cómo se curaba con la incorporación de una mentalidad "maternal". En el caso de Isidro se necesitó construir una "constitución democrática" para poder salir del laberinto del "todo es negociable". Y, finalmente, el caso de Daniel muestra cómo salir de la lógica de la guerra y de la rigidez de la ley de los padres a través del maternaje y la negociación.

¿Se trata de un modelo de metáforas jerarquizadas, de manera que las más complejas engloban a otras e implican un nivel superior de funcionamiento psíquico? En parte, sí. La democracia –una creación social de los griegos para combatir el abuso de poder– destaca como la metáfora más amplia, compleja y útil, al englobar en sí misma la necesidad de negociación entre partidarios rivales, el maternaje con los derechos de las minorías, y la legitimación de la guerra contra el maltrato. Aunque, por supuesto, hay que añadir que, por otra parte, casos como los de Lucía y Daniel muestran la necesidad de superar las limitaciones de la ley actual mediante un combinado de maternaje y

negociación: se requieren nuevas leyes para acomodarse mejor a la realidad de un sujeto en crecimiento.

Ahora bien, quizás esta forma de teorizar mediante metáforas pueda producir cierta reticencia. ¿Por qué utilizar términos "ajenos" al campo de estudio, en vez de los conceptos técnicos o psicopatológicos habituales?

Como se sabe, Freud (1900) distinguió el proceso primario del proceso secundario. El proceso primario es propio del funcionamiento del inconsciente, los sueños y la psicosis, se basa en los mecanismos de condensación y desplazamiento (la función metafórica), y puede producir generalizaciones sin fundamento (el pensamiento paranoico, por ejemplo). Por el contrario, el proceso secundario crea sistemas conceptuales de categorías precisas y claramente diferenciadas: el lenguaje, la ciencia, etc.

María Moliner (1966) explicaba cómo definir un concepto de forma precisa: requiere relacionarlo con otros dos, el término "genérico" o familia de pertenencia y el término "distintivo" que lo singulariza. Así, "cuchara" se define por su pertenencia a lo que los lingüistas denominan "campo semántico" de los instrumentos para llevar comida a la boca (término genérico), y se diferencia por la superficie cóncava (término distintivo).

Sin embargo, para Lakoff y otros lingüistas, un concepto se define principalmente por el parecido familiar a un prototipo gracias a propiedades *interaccionales*, más que por sus propiedades inherentes. Por ejemplo, si pasamos un día en el monte, podremos construir una cuchara a partir de una simple hoja de una planta. Esto es el resultado de encontrar un parecido con el prototipo (el sistema antebrazo-mano, origen metafórico de la cuchara) y de propiedades interaccionales (ahuecar la hoja para crear una superficie cóncava).

El sistema de definición de conceptos de María Moliner (proceso secundario) es un procedimiento deductivo, que puede aplicarse con toda propiedad cuando ya disponemos de un concepto primario (cuchara), y queremos definir los miembros de su campo semántico: cucharilla, cucharón, cuchara de madera. Entonces, podemos definir con precisión un concepto (cucharilla) porque disponemos de un nítido término genérico (cuchara) y de una característica distintiva (pequeña). Por el contrario, el sistema más general de Lakoff (proceso primario) resulta imprescindible para poder definir las categorías primarias, las más básicas, aquellas que "fundan" las familias conceptuales (cuchara, narcisismo, transferencia, etc.).

De ahí, que necesitemos dejarnos guiar por la utopía de la ciencia (esto es, la búsqueda de precisión conceptual) pero aceptando simultáneamente el desencanto (Magris C., 1999) de que todos nuestros conceptos primarios son inevitablemente imprecisos, ya que se generan por medios metafóricos.

Utilizar un sistema conceptual basado en el parecido familiar a un prototipo (metáfora) y en la distinción en función de propiedades interaccionales implica aceptar que el proceso primario es también necesario para el desarrollo del pensamiento racional, y que nuestros sistemas conceptuales son limitados y están basados en prejuicios. Por tanto, sólo pueden superarse con la adquisición de **nuevos prototipos (metáforas) con nuevas propiedades interaccionales**.

Así, el concepto clásico de "poner límites" se basa en el prototipo de la acción de una persona madura que prohíbe o limita una acción peligrosa a otra persona inconsciente o inmadura. Por ejemplo, la madre que prohíbe al niño meter los dedos en un enchufe. Ahora bien, generalizar este prototipo equivaldría a pensar todos los conflictos de límites como situaciones de clara obediencia a una autoridad indiscutible.

Por el contrario, la mayoría de los conflictos de límites necesitan pensarse como un proceso interactivo, en el que los sujetos enfrentados defienden una parte y desconocen las motivaciones del oponente. Esto implica un prototipo diferente al del sujeto que "pone límites" al otro, pues los dos son sujetos de la acción, se influyen mutuamente. El resultado no es una "puesta de límites", sino una "creación" de un límite nuevo y emergente. Y para que esta creación de límites interactivos pueda ejercerse, se necesita un marco democrático de reglas del juego que impida la tiranía o el abuso de una de las partes.

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin J. (1988). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Paidós. Buenos Aires.
- Benjamin J. (2004). *Más allá de la dualidad agente-paciente: una visión intersubjetiva del tercero*. Intersubjetivo. Junio, nº 1, vol. 6.
- Bleichmar H. (1997). *Avances en psicoterapia psicoanalítica. Hacia una técnica de intervenciones específicas*. Paidós. Barcelona.
- Bleichmar H. (2000). *Aplicaciones del enfoque Modular-Transformacional al diagnóstico de trastornos narcisistas*. www.aperturas.org. nº 5.
- González García J. M. (1998). *Metáforas del poder*. Alianza Editorial. Madrid.
- Forrest W. G. (1978). *Los orígenes de la democracia griega*. Ed. Akal. Madrid.
- Freud S. (1900). *La interpretación de los sueños*. Biblioteca Nueva. Tomo II. Madrid.
- Garrido V. (2005). *Los hijos tiranos. El síndrome del emperador*. Ariel. Barcelona.
- Ghent E. (1990). "Masochism, Submission, Surrender: Masochism as a Perversion of Surrender". *Relational Psychoanalysis. The emergence of a Tradition*. The Analytic Press. London.
- Kernberg O. (1984). *Trastornos graves de la personalidad*. Ed. Manual Moderno. México.
- Kernberg O. (2003). "La gestión de las tormentas afectivas en la psicoterapia psicoanalítica de los pacientes borderline". www.aperturas.org. nº 15.
- Kuhn T. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Lakoff G. *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Ed. Complutense. Madrid.
- Lakoff G. Jonson M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra. Madrid.
- Magris C. (1999). *Utopía y desencanto*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- Millán J. A. Narotzky S. (1986). Prólogo de *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra. Madrid.
- Mitchell S. (1988). *Conceptos relacionales en psicoanálisis*. Siglo XXI. México.
- Mitchell S. (1993). *Hope and Dread in psychoanalysis*. Basic Books. New Cork.
- Moliner M. (1966). "Presentación". *Diccionario del uso del español*. Gredos. Madrid.
- Orange D. (1995). *La comprensión emotiva*. Ubaldini. Roma.
- Pinto J. M. (2005). "Rumbos de navegación en psicoanálisis". Intersubjetivo vol 7, nº 1. www.jmpinto-psicoterapia.com.
- Pinto J.M. (2006). "Cambio de paradigma: el psicoanálisis relacional". Intersubjetivo vol 8, nº 1. www.jmpinto-psicoterapia.com.
- Stolorow R. Atwood G. (1992). *Los contextos del ser. Las bases intersubjetivas de la vida psíquica*. Herder. Barcelona.